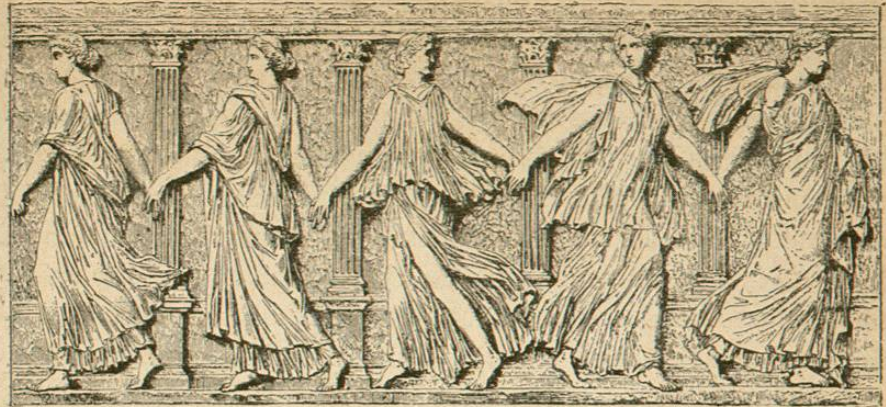


guno de los grandes actores de estas tragedias debía morir de muerte natural en su lecho, destinados todos á morir de muerte violentísima, segados, como por el cierzo de marzo las tempranas flores, segados por las ideas que despertaban ellos mismos y presos en las trampas por ellos mismos tendidas. Conforme se dirigían al sitio del festín, magnas antorchas de bien olientes resinas iluminaban todas aquellas vías, y tritones de plata maciza, movidos por internas maquinarias, levantaban sus cuerpos y despedían aguas perfumadísimas. La tienda imperial, toda de sedas y púrpuras asiáticas; las mesas, maravillosamente puestas; los lechos del festín, sustentados por pies de marfil y oro; los vasos murrinos, las músicas deliciosas, la lluvia de perfumes, las danzas andaluzas, los coros helénicos daban realces de tal género á la fiesta campestre bajo una serenísima noche y entre los efluvios del campo florido y las irradiaciones del cielo estrellado, que parecían la felicidad y el placer confundidos en aquel momento, como llegan á confundirse pocas veces en las realidades tristísimas del mundo. Pero de pronto un contrafuerte de los que retenían las aguas se rompe y cede, inundando de tal manera el sitio de la fiesta, que Claudio y Agripina estaban á punto de ahogarse, no sin que la emperatriz gritase con furor entre ahogo y trago:

—¡La conspiración de Narciso!



## CAPÍTULO XI

### LA ÚLTIMA VICTORIA DE AGRIPINA

Así como se rompieron los diques tras cuya resistencia las aguas reposaban, viniéndose de golpe y porrazo éstas sobre los emperadores y príncipes, rompiéronse los respetos mutuos de unos y otros en aquella corte desgarrada por pasiones contrarias; y se dijeron sus principales personajes cosas que se hubieran callado en el ordinario y corriente discurso de sus vidas. Revolviéronse contra Británico Nerón, y contra Nerón Británico; contra Claudio Séneca, y contra Séneca también Claudio; el republicanísimo Lucano contra la tiranía de todos, y esta tiranía, en sus diversas personificaciones, contra el cantor de la república y de la libertad; Persio contra las costumbres reinantes como buen satírico, y los senadores y los magistrados y los destinados á representar la pública moral contra Persio; pareciéndose aquel inundado espacio á un juicio universal, en que cada uno se apresuraba, temeroso de muerte próxima é irremediable, á decir cuanto callara en vida. Naturalmente, los dos que con mayor intensidad se aborrecían en aquellas espirales de odios eran Agripina y Narciso; por lo cual fueron también los dos que más dardos se dirigieran y con más terrible crueldad se maltrataran. La emperatriz volvió ambas manos y ambos ojos á su marido con aquella magistral acción, tan propia de sus maravillosas condiciones teatrales, para pedirle, delatando con el gesto á



Narciso, la fulminación inmediata de una pena terrible y pronta sobre quien los había puesto, no sólo en trance de muerte hasta empujarlos al borde obscurísimo de la noche eterna, sino en situación ridícula y risible ante un pueblo fácil á cambiar de respetos, y cuando el respeto le faltaba, más fácil todavía en desasirse de la debida obediencia. Con su genio de conspiradora, unido al genio de imperante y mandona, aquel prototipo de la mujer política verdadero llegó á comprender cómo se resolvía su entera suerte y su destino en aquel supremo instante decisivo de lo porvenir. Si Claudio perdonaba el desaguisado de Narciso, demostración era de que había en el oscuro fondo de su alma perpleja una complicidad con el redomado liberto en la obra de proclamar á Británico; si Claudio se mostraba en ira un minuto al nivel de su mujer, aprovecharía el momento crítico para deshacerse del enemigo poderoso con cuyas maniobras tropezaba en todos sus proyectos. A la continua poseída por la obsesión tenaz del deseo de mando, y de mando absoluto, y de mando público; inasequible mientras viviera Claudio, que proyectaba sobre la diadema de Agripina sombra espesa con su diadema superior y más sólida, únicamente podía tentarse á toda su majestad en la tutela de su hijo Nerón y asumir de todas veras el poder. Así culebreó con la celeridad que un relámpago por su mente la idea siniestra de matar á Claudio en el caso de que Claudio no matase á Narciso, cansada de combatir allí donde únicamente debía reinar, en las cumbres del trono. Y mientras todos los demás comentaban el suceso después de haberse cada cual por su parte salvado como á los dioses les plugo, dijo Agripina:

— Claudio, esto no puede por más tiempo tolerarse.

— ¿Qué? — preguntó Claudio.

— La burla que hace de nosotros Narciso.

— ¿Cómo burla? — preguntó éste con ceño ya de verdadero desacato á la emperatriz.

— ¡Mujer, mujer, ten paciencia! — dijo Claudio balbuciente, pues temblaba siempre que oponía observación de cualquier género á las exigencias de su mujer.

— ¿Paciencia? ¡Imposible más! Hémosle tolerado que se arrogara la dirección de todos estos trabajos y que robase á mansalva los

caudales destinados á su conclusión y perfeccionamiento por tu munificencia. Y ahora, visto el robo por la fragilidad de las resistencias, más fingidas que ciertas; inundado el campo con devastador diluvio en vez de bonificado por el regular y pródigo riego; en peligro de muerte tu persona con la mía, y aún más que todo eso, en completo ridículo, expuestos á salir mañana en la sátira de un Persio cualquiera ó en la comedia de cualquier farsante mojado como gallinas, aún lo excusas y lo perdonas y lo defiendes, cuando debieras haberle lanzado una centella de tu poder olímpico, la cual de golpe lo tendiera exánime á tus divinas plantas.

— ¡Deslenguada, infame, prostituta! — le dijo el herido liberto al oír las palabras de Agripina, roto ya el freno á la retenida lengua y resuelto á una especie de violento suicidio. — Has desamado á Claudio más que Mesalina; vives por consentimiento de aquellos que debieron haberte castigado sin piedad; y te quejas todavía; y te vuelves, silbando y coleando como una serpiente, contra tu pródigo esposo y contra mí, que debí matarte sin piedad, como maté á Mesalina sin tanto motivo, para defenderle y para salvarle. Mesalina estuvo casada en público y solemne matrimonio, la cuitadísima, con Silano; pero tú lo estás en matrimonio secreto y traidor con Vitelio: Mesalina quiso siempre á los hijos del emperador, sus propios hijos; tú solamente quieres matarlos para coronar á Nerón. Aquella mereció una muerte; tú mereces en verdad mil muertes, si los dioses y los emperadores, que pudieran exterminarte de una mirada, no se hubieran empeñado en sostenerte aquí para su perdición y su deshonra.

Imaginaos lo que pasaría en el ánimo de los espectadores, más sorprendidos que por la inundación, por aquella tempestad horrible de injurias, que lanzaba cada cual de los primeros personajes del imperio á la cabeza respectiva de su sendo rival en arranque de odio semejante á la demencia. Nadie quería dar crédito ni á sus ojos espantados ni á sus orejas aturdidas. Parecía aquella escena un cuento inverosímil representado por actores encargados de fingir y vejar á personajes ausentes. Por mucho menos la muerte se había presentado en incidencias tales como aquella y el verdugo ejercido su ministerio siniestro. Ver insultada por tal modo á la emperatriz Agripina, sin que hubiera, en el acto de pronunciar la



menor palabra, muerto el atrevido, parecíales á todos cosa de tal género, que pasaban del asombro á la extrañeza, como si estuvieran soñando entre los estremecimientos de una horrible pesadilla. Los filósofos, como Séneca, sacaban de aquel acto ideas de instrucción y enseñanza para ellos y para sus discípulos; en cambio los poetas, como Lucano y Persio, veían el lado trágico de la escena, y se creían en los transportes de sus emociones como espectadores de horrible tragedia. Nerón estuvo á punto de lanzarse sobre Narciso por haberle faltado así á su madre; Británico á punto de lanzarse sobre Nerón para defender al liberto, único en Roma de quien recibiese amistosos afectos en su extraño cautiverio; mas á unos y otros les contuvo la natural timidez y el respeto mismo á las personas que de tal suerte se ultrajaban entre sí cual si estuvieran solas, no considerando cómo caían sobre las propias sienes los golpes asestados á las sienes de los demás. Y como siempre que contienden los poderosos suscitan y forman partidos con las gentes de escalera abajo, contendían los espectadores, al par que los potentados, por un impulso tan legítimo como el cumplimiento de las obligaciones que cada cual creía tener con sus respectivos jefes y superiores á quienes bien ó mal de su grado estaban adscritos. Como los imitadores del genio suelen exagerar sus defectos, los partidarios de un potentado suelen tener más pasión y menos razón que este mismo en la defensa de sus personas y de sus intereses. Así es que armaban aquelarre infernal, de un lado los partidarios de Agripina y Nerón, de otro lado los partidarios de Claudio y Británico. Parecía una guerra civil, según las pasiones desencadenadas entre todos y las injurias llovidas de unos sobre otros. Nadie se entendía: Británico y Nerón aterrados; Persio y Lucano nerviosos; reflexivo Séneca y con la cabeza inclinada sobre su ancho pecho; Vitelio amenazador; como una estatua de furia que aguarda su desquite rígida la emperatriz; Narciso conformado con el suicidio que había decidido á sabiendas por no poder sufrir más tiempo aquella vida; Claudio, absorbido en sí, á todo indiferente, sin que por sus ojos pasase ni un vislumbre de idea, sin que por sus músculos se advirtiese la sacudida de una emoción cualquiera, como ajeno y extraño á todo cuanto en derredor suyo sucedía. Después que gritaron y patalearon mucho unos y otros, pegándose á man-

salva estos, hiriéndose aquellos, irritados todos, cual si los ultrajes tonantes en los aires y dirigidos á las más altas cumbres cayesen hasta sobre los más bajos valles, una especie de silencio subsiguió, más que á la reflexión, al cansancio. Tras los primeros transportes Agripina reflexionó un tanto y comprendió cómo en aquel combate desigual podía ella romperse y quedar incólume su contrario, cual un precioso vaso de fino cristal en choque brusco y violento con una piedra. Se cruzó de brazos y dijo á su esposo:

— ¡Claudio, véngame!

Claudio se hizo el sordo y Agripina repitió su intimación.

— ¡Véngame, Claudio!

Volvió el emperador á su silencio y á su demanda la emperatriz, quedando todo lo mismo, ella cada vez más rígida, Narciso cada vez más espantado, Claudio cada vez más recluso en sí propio. Al ver tal estado de soñolencia en el emperador, la emperatriz comprendió cuánto tenía de fingida la increíble actitud suya y el frío aspecto, así como cuánto de favorable á Británico y á sus proyectos del entronizamiento suyo sustentado por Narciso. Muy observadora la emperatriz, no pasaba cosa en la conciencia y en el pensamiento de su marido que no adivinara ella, como no propendía la voluntad imperial á ningún cambio en lo más íntimo y secreto de las intenciones sin que adivinase la decidida inclinación. Pasaba un momento solemne. Jamás Narciso con todo su valor se hubiese atrevido á insultarla, si no estuviera destronada ya en el ánimo de su esposo. Por consecuencia éste había decretado, según ella, su muerte; y no le quedaba otra salida en el deseo de vivir, que matar y matar pronto. Pero, bien fuera para enterarse más y más de todo aquello que le aguardaba, bien para impeler el ánimo de su marido á proceder como deseaba ella que procediese, saltó hacia él, y cogiéndolo de un brazo, lo sacudió con fuerte sacudida y le dijo:

— ¡Véngame, véngame!

— ¿Cómo quieres que te vengue?

— ¿Y preguntas eso? — dijo Agripina en respuesta congruente con la fingida indiferencia de su marido.

— Pues ¿no he de preguntártelo cuando estoy resuelto á hacer tu voluntad?



— No desmientas con los labios lo que á voces con el corazón estás diciendo, Claudio. Tú sabes mil modos de vengarme y de vengarte. No fuiste impecable, como no fuiste infalible. Cuando tus pasiones te impusieron cualquier venganza, te has vengado como cada hijo de vecino, sin reparar en los medios.

— Hay dos castigos supremos, Agripina.

— Uno de ambos, de los capitales uno, pido que caiga sobre quien, habiéndome insultado á mí, emperatriz, acaba de cometer un delito de lesa majestad, un delito verdaderamente irreparable.

— Hay la muerte y el destierro — dijo Claudio.

— Cierto.

— Y no quieres, á pesar de haber dado al crimen de Narciso la calificación de irreparable, que trae aparejada la muerte, no quieres muera quien, persiguiendo y castigando á Mesalina, te granjeó el Imperio.

— ¡Claudio! — murmuró Agripina rechinando los dientes — ¡Claudio, Claudio! — como quien avisa de un peligro, tanto más visible á los ojos de aquella protervísima esposa, cuanto que lo extendía sobre la frente del marido su propia personal voluntad.

— Le aplicaremos el destierro — dijo Claudio como quitándose de encima un peso al soltar su perplejidad.

— ¿De veras? — preguntó Agripina delirante de alegría.

— ¿Cómo? — exclamó trémulo Narciso. — Prefiero que me mates con tu propia mano y en este mismo instante á que des un signo cualquiera de desagrado. Sin tu sombra, no vivo ni un minuto.

— Pues ya estás desterrado — dijo para sí Vitelio, frotándose las manos y seguro de que iba el destierro á ser un comienzo de desfavor en el César hacia su liberto y un momento de venganza propia.

— Mira cómo rueda la fortuna y jamás te ufanes de sus cambiantes favores — dijo Séneca dirigiéndose á Persio y á Lucano.

— ¡Padre, padre, padre mío! — exclamó Británico poniéndose de rodillas y juntando las manos en actitud verdadera de súplica, — excusa las palabras de Narciso y olvídalo todo y perdónalo todo, pues harto ha redimido con sus dolores sus culpas.

— ¡Claudio, no condenar á Narciso es tanto como condenarme á mí! — dijo Agripina.

— Lo destierro — volvió á decir Claudio con resolución, promoviendo un grito de alegría en Agripina, un grito de dolor en Británico, un grito de asombro en todos.

— ¡Nerón! — exclamó Agripina llevando el amado hijo á Claudio — ¡Nerón! Adora con fervoroso culto á Claudio que ha condenado á nuestro mayor enemigo al destierro.

— Sí — dijo Claudio, — al destierro temporal en los baños de Saluces, sito en las campiñas de Campania, tan parecidas á los Eliseos Campos, que le han recetado los médicos para el estómago, y de donde no podrá volver sino después de haber conseguido el recobro completo de su preciosísima salud.

Imaginaos cómo se quedarían de heridos los neronianos viendo convertida la pena de Narciso en premio, y cómo de gozosos los narcisistas viendo sumada con la distinción al redomado liberto una broma pesadísima y de mal género á sus perseguidores y enemigos puestos en ridículo. Súbitamente los mismos que se habían poco á poco apartado del favorito, pues ningún ser tan cobarde como un cortesano de la fortuna y de la victoria, se volvieron hacia él cambiadísimos y trocaron el vil despego en solicitud egoísta, holgándose á grito herido del favor y de la privanza de tan feliz esclavo. El asombro de los poetas y del filósofo no tenía límites. Así, mientras éste, Séneca, continuaba cavilando sobre la inconsistencia de las cosas humanas y diciendo aforismos de ideas semejantes á juegos de palabras, Lucano y Persio, más acostumbrados á mirar la exterioridad y relieve de los hechos, es decir, su externa parte, su forma, según las emociones de una sensibilidad artística muy aparejada para lo estético, maravillábanse de que hubiera podido Claudio preparar, sin traicionarse á sí mismo, un golpe como aquél y descargarlo con seguridad tan certera sobre la frente de Agripina. Ésta, por su parte, conocía y apreciaba todo lo sucedido. A su penetración profunda no podía ocultarse que desde aquel momento estaba perdida. La burla del socarrón de Claudio encerraba tristemente, bajo su aspecto de chanza inocentísima, nada menos que una sentencia de muerte inmediata. No haría él nada personalmente con seguridad contra su esposa, por incapaz de persistencia en una resolución después de tomada deliberadamente; pero la entregaría en manos del redomado liberto, quien se pres-



taba muy gustoso á ejercer el ministerio de verdugo en ella, como lo ejerció en Mesalina. No podía de modo ninguno aseverarlo; pero en su concepto estaba ya, entre los propósitos y entre los pensamientos de Claudio, el antes preferido Nerón, ahora desheredado, y el desheredado Británico, repuesto en la herencia, y quizás designado al trono en testamento ya escrito. Delante de tal situación, una mujer vulgar hubiera demostrado su derrota con un rasgo cualquiera de terrible y exaltadísima desesperación, el cual, sin granjearle género ninguno de ventaja, delataría á tanto enemigo como en desgracia definitiva y sin recurso de ningún género, blanco de todos los dardos, conforme al valor que suelen cobrar los cobardes contra todos aquellos á quienes creen perdidos. Hay mucha diferencia entre el declarar y no declarar una derrota. Confesarse vencida, equivalía en el fondo á serlo y á estarlo ya por completo y sin remedio. No vaciló Agripina en el partido que debía tomar. Allá, en su interior, condenó la persona de su marido á muerte. Ya condenado, designó como verdugos á los médicos que más privaban y valían en el concepto de Claudio y que más le asistieran en todas sus enfermedades. Ya designados los verdugos, como instrumento de muerte escogió el veneno, un veneno sutil, capaz de penetrar por los poros del cuerpo de su enemigo, ora disueltas sus partículas en el agua que bebiera, ó condimentando los manjares de que se nutriese, ó infundiéndose por todas las membranas de su piel, por todas las fibras de sus carnes. La emperatriz era como Cleopatra; lo sabía todo y estaba en todo. Retórica, historiadora, estadista, maga, hechicera, poníase al cabo de los conocimientos romanos con facilidad y de todos ellos se valía cuando los necesitaba. Tomada tal resolución definitiva, y arreglado tal plan de proceder y de conducta, lo que verdaderamente había menester era ganar tiempo y salir de aquel trance lo menos magullada y maltrecha que fuera posible. Así arregló y compuso la fisonomía suya. Después de compuesta, pasándose ambas manos por la cara, como quien tiene mucho que lavarse, destelló de sus ojos cambiantes la más tenue y suave luz que pudo, así como dibujó en sus labios la más agradable y placentera sonrisa. Claudio había decretado un destierro de burlas; ella lo convertiría en destierro de veras. Mientras Narciso estuviera en Roma y en palacio,

las asechanzas podían imposibilitarse al desvelo de aquel celoso perro fiel, siempre despierto y siempre vigilante, que ladraba sin descanso y mordía con rabia de continuo á los enemigos de su amo y señor. Inmediatamente vió la emperatriz cuál salida le quedaba, matar á Claudio; é inmediatamente que vió tal salida, pensó con profunda reflexión en aprovechar para encontrarla y obtenerla el providencial apartamiento de Narciso, dispuesto por el imprevisor y ciego Claudio. Así fingió convenir en el acto con la disposición de su esposo respecto de Narciso, trocando la burla del redomado en propia satisfacción; y estrechó á Británico entre sus brazos, hasta colmarlo de besos; y arregló y dispuso todo lo conveniente para que parecieran éste y Nerón dos príncipes hermanos ante la concurrencia congregada en aquel sitio; y ofreció su hombro al pobre Claudio, balbuciente, vacilante, débil, cojo, ciego, para que marchase lo más erguido posible y volviera tal tarde á la Ciudad Eterna, desvanecidas todas las sombras y ahuyentadas todas las tormentas, como más unido que antes con su mujer muy plácida.

Nunca manifestara tanto la emperatriz como aquel día su naturaleza felina. Por lo mismo que debía sacar las uñas, ocultábalas como si las hubieran de raíz cortado las manifiestas resoluciones supremas del emperador en pro de su liberto y de su hijo. ¡Con qué solicitud filial fué conduciéndolo y guiándolo hasta su litera de viaje! Antígona de aquel Edipo cojo, cuán tierna solicitud la suya y cuánto desvelo por el anciano. Para que nada sospechase alabábase, porque ninguna cadencia y dejo tan gratos á su oído como las loas y alabanzas, el cuidado puesto en surtir así de ideas como de aguas á Roma y en restaurar las viejas instituciones dentro del Pomerio y fuera las viejas ciudades. Después de haberse tanto enfurecido con el redomado director de las obras del Fucino por los lances terribles de la inundación y los peligros á que había estado expuesto el imperial esposo, cuya vida prefiriera siempre á la propia, según aseguraba ella, encareció lo gigantesco del proyecto y las titánicas moles que parecían puestas por Encelados arrogantísimos en su perfección y en su acabamiento. Obras como esa perpetuarían su nombre, yendo entre los genios divinos á la historia y desde la historia elevándose á ser dios tras su muerte, que aún tardaría un siglo. Y si por casualidad sobreviviera ella en este